

Prólogo para el libro *Drama en México* de Julio Verne

Un marco adecuado y sugerente para este libro de Julio Verne puede ser una revisión panorámica de algunos franceses que realizaron periplos en México, desde el siglo xvi hasta el xx. Así, presentamos aquí a 69 galos que escribieron sobre nuestro país, viajeros que vinieron por los más diversos motivos, incluida la intervención militar; entre ellos hay colonos, arqueólogos, mineros, comerciantes, poetas, antropólogos, diplomáticos, periodistas, escritores y, destacadamente, novelistas: doce de los autores de la nómina siguiente hablan sobre nosotros en ese género literario.

Al igual que Verne escribió *Drama en México* y nunca vino a este país, cuando menos otros tres forasteros de esa misma nacionalidad fueron también viajeros *virtuales* (como hoy se diría), entre ellos Alejandro Dumas padre.

De esta selección que hemos hecho, un francés vino en el penúltimo año del siglo xvi y aquí permaneció hasta el inicio del xvii. Cinco viajaron en el siglo xviii. Como resultado de la apertura del país después de la Independencia (luego de tres siglos de xenofobia colonial), al siglo xix corresponden 18 viajeros; otros 16 vinieron vinculados a la Intervención, lo que totaliza 34 para esa centuria. Veintinueve escritores (ocasionales o profesionales) son del siglo

José N. Iturriaga. Escritor.



xx. Es evidente que esta relación no es exhaustiva, pero sí es una muestra representativa del total.

Seis de los 69 autores son mujeres. (Observará el lector que no hemos llevado a cabo un esfuerzo de creación literaria, sino de investigación).

* * *

Samuel Champlain, de familia noble de marinos, fundador del Canadá francés, estuvo en México de 1599 a 1602. Aunque "la historiografía contemporánea duda de la autenticidad de la *Relación*" que se le atribuye, en todo caso es de interés la referencia a animales mexicanos: "el dragón con cabeza de águila [...] y cuerpo de iguana [...] y el pájaro del cielo que no tiene pies y que ordinariamente está en el aire sin bajar a tierra, sólo cuando cae muerto y tan grande como un pie de largo". Nos considera "pobres pueblos privados de la razón", aunque agrega: "todos estos indígenas tienen un carácter melancólico, el espíritu vivo y comprenden en poco tiempo lo que se les enseña. Sólo a golpes los hacen que escuchen misa y si no acuden a ella son ejecutados."

El jesuita Claude François Lambert publicó en 1751 una novela de trama prehispánica. El autor era "deforme, tiene la apariencia de un sátiro [...], es un sujeto muy malo, borracho y putañero", según describía una ficha de espionaje de la época. En pleno México precolombino aparecen equinos: "Apenas se disiparon las sombras de la noche, el impaciente Tekels ordenó a su gente montar a caballo y, poniéndose a la cabeza, los condujo al bosque..." (nótese el nombre supuestamente náhuatl). He aquí otro pasaje:

Los persiguieron de barrio en barrio, haciendo una matanza tan terrible que todas las calles se encontraron llenas de muertos y moribundos. Tanto los que habían tomado las armas como los que no las llevaban, muje-

res, niños, viejos, todos fueron sin diferencia inmolados a la bárbara ira del cruel Tekels.

Por supuesto, también hay escenas románticas: "¡Qué corazón sería suficientemente duro para resistirte! ¡Qué monstruo de infidelidad podría resolverse a traicionarte! No, no; mi amor no terminará más que con mi vida".

Vizconde y marino, Pierre Marie François de Pages remontó en 1767 el Mississippi, atravesó Texas y Nueva España, embarcándose en Acapulco rumbo a Manila. En Saltillo observa que la ciudad está compuesta de un barrio de españoles y otro de indios tlaxcaltecas, y "si los primeros son orgullosos y perezosos, los segundos son laboriosos y amables". También apunta: "Los maridos tienen con sus mujeres cuidados especiales como si estuvieran en el tiempo de su noviazgo". En la ciudad de México: "Hay jardines públicos, bellos paseos con grandes y hermosos albergos, pero son poco cómodos, no teniendo sino recámaras sin muebles ni víveres. Las casas son bellas y de tres o cuatro pisos".

Pasé durante mi estancia en Acapulco tres temblores; el primero fue el más importante y sentí que el suelo temblaba al tiempo que se oía un ruido como el que hace un carro de mulas en calles estrechas; fui despertado por los gritos de las mujeres que en las calles lloraban y rezaban, y gritaban ¡Ave María!, ¡Ave María Santísima!

El astrónomo jesuita Jean Chappe d'Auteroche vino en 1769 para observar la conjunción de Venus con el disco del Sol, en Baja California. Escribió:

México está situada en las orillas de un lago y construida sobre el barro, cruzada por multitud de pantanos o canales, consecuentemente las casas todas están construidas sobre pilotes [...] La catedral está ricamente or-

El astrónomo jesuita Jean Chappe d'Auteroche vino en 1769 para observar la conjunción de Venus con el disco del Sol, en Baja California.

El influyente empresario francés Lainé de Villéveque obtuvo en 1828 una concesión del gobierno mexicano para colonizar la margen derecha del alto río Coatzacoalcos.

namentada, el barandal alrededor del altar mayor es de plata sólida y hay una lámpara de plata, tan grande, que tres hombres se meten en ella para limpiarla; está adornada con figuras de leones, cabezas y otros ornamentos de oro puro.

En 1773 se publicó en Europa una novela de "utopía futurista" titulada *Año 2440*, de un tal Mercier que probablemente nunca vino. Así preveía nuestra capital:

Esta ciudad concluye la recuperación de su antiguo esplendor, bajo el dominio augusto de los príncipes descendientes del famoso Moctezuma [...] Los indios ya no van en paños menores ni descalzos [...] Todos esos monarcas son reyes patriotas cuyo único objetivo es mantener la libertad pública [...] Esos enormes Estados descansan y fructifican en perfecta concordia; son obra tardía, pero infalible de la razón.

El botánico Nicolas Joseph Thierry de Menonville vino en 1777: los habitantes de Veracruz conocen bien el comercio, pero "... aquí como en todas partes [en México], su indolencia natural y sus supersticiones les da por el trabajo una aversión insoportable."

El influyente empresario francés Lainé de Villéveque obtuvo en 1828 una concesión del gobierno mexicano para colonizar la margen derecha del alto río Coatzacoalcos; se autorizaba el establecimiento de 500 familias extranjeras en un plazo de tres años. La empresa era una estafa: no cumplió sus compromisos de infraestructura, lo cual provocó una gran mortandad que alcanzó a cerca de la mitad de los forasteros; la mayoría de los sobrevivientes volvió a Francia y el resto se estableció en diversas ciudades mexicanas. Así "vendía" el folleto publicitario al sur de Veracruz:

... tierras cuya prodigiosa fertilidad debe procurar a los colonos ventajas que no encontrarían en ningún otro

país del mundo [...] Las montañas que separan los dos mares están cubiertas en todo tiempo de nieves [¿?!] que contribuyen a diseminar una saludable frescura en estas tierras y hacen reinar en ellas la más suave y deliciosa temperatura [...] La fecundidad de este país supera todo lo que la imaginación puede concebir.

Uno de aquellos colonos fue el señor Dubouchet, quien en 1830 sufrió un naufragio en la desembocadura del río Coatzacoalcos:

Ciento once desventurados quedaron expuestos a todas las inclemencias de un clima mortífero, sin otro abrigo que algunos fragmentos de vela arrancados al navío. Pronto un calor de 36 grados vino a irritar las heridas que nos causaban miríadas de insectos venenosos [...] Tuve la desgracia de ser picado por un escorpión. No conociendo el peligro que corría, rechacé la cauterización, único remedio empleado con algún éxito por los naturales, en estos casos. Mi mano y mi brazo se hincharon prodigiosamente; un dolor agudo se extendió por todos mis miembros; en fin, una fiebre cerebral y un delirio continuo se declararon, y me retuvieron encamado 22 días [...] La espantosa posición de mis camaradas, tan desgraciados como yo, enfermos y descorazonados por el aspecto de un país que no les ofrecía sino miseria y muerte, me hacía vivamente desear huir para siempre de un cielo bajo el cual había venido a buscar fortuna.

Un anónimo colono francés escribía en 1831:

Otros perecieron de hambre y de miseria, asaltados por miríadas de mosquitos, de rodadores y de otros voraces insectos de los que no sabían cómo defenderse; cubiertos de grandes llagas, que dejaban sus huesos al desnudo por algunas partes, murieron víctimas de espantosas torturas; varios, por imprudencia, fueron pasto de los caimanes, especie de cocodrilos en los que el



El Sr. Bertrand, antiguo fabricante de papel en París, se casó con la costurera que ama; y ella, que en Francia se hubiese contentado con ser su amante, ve sin asombro que él la cubra con el velo conyugal.

río hervía; algunos se arrastraron hasta la tierra prometida, donde llevaron una existencia horrible, perdidas sus esperanzas y desprovistos por sus propios males de la energía que habrían necesitado para salvarse.

Otro colono fue Pierre Charpenne y sus noticias son más alentadoras:

El carpintero, el cerrajero, el zapatero, el negociante, el hombre de letras, viven en sociedad, contentos de estar juntos. El Sr. Bertrand, antiguo fabricante de papel en París, se casó con la costurera que ama; y ella, que en Francia se hubiese contentado con ser su amante, ve sin asombro que él la cubra con el velo conyugal. Así eran los franceses en las selvas del Coatzacoalcos [...] La mayor parte de las francesas, especialmente las parisinas, de las que había gran número, eran jóvenes y bonitas. No podría ser de otro modo, pues [los colonos] se habían embarcado con sus amantes, a quienes hacían pasar por esposas legítimas en México.

Existe un insecto que deposita sus huevos bajo la piel de las personas y allí se incuba una larva de buen tamaño:

Uno de esos gusanos causó la muerte del pobre Joubert, un obrero que vino en el mismo barco que yo, con su familia. La mosca le había picado en el cuello, y el gusano que le depositó se lo atravesó. El desdichado entregó su alma en medio de espantosos dolores. Es necesario confesar, por lo menos, que este gusano rara vez causa la muerte a aquel que le sirve de pastura. Le gusta mostrar su cabeza fuera de la llaga que ha hecho y algunas veces se logra sacarlo de ella soplando sobre él humo de tabaco.

Mathieu de Fossey, un colono más, revela lo siguiente: una madre

viéndose privada del alimento natural del recién nacido, en vano se esforzaba en mascar pedacitos de galleta, por ver si con esto criaba leche; pero el infeliz niño no mamaba más que una sangre encendida, que en breve lo puso como un esqueleto, y ya no le quedaban sino pocos días de existencia a esa desgraciada criatura, cuando una mañana echaron de ver que unas gruesas hormigas rojas, que habían penetrado en su cuna durante la noche, lo habían devorado vivo [...] Algunos niños [huérfanos franceses] fueron recogidos caritativamente por los criollos e indios ricos; otros entraron a servir en clase de criados; y algunas jóvenes, arrastradas por la desesperación que produce la miseria, se entregaron al oprobio. Las mujeres de esta aldea [Cosoleacaque] son bastante hermosas, pero de cuerpos y miembros demasiado abultados; sus pechos, aunque de enorme tamaño, son durísimos y raras veces se ven caídos entre estas indias.

El señor de R..., "un francés de distinción", en 1832 realizó un ascenso al Popocatepetl y descendió al interior del cráter:

Allí están todos los grandes respiradores. Uno de ellos deja escapar el vapor con tal fuerza que lanza a más de treinta metros una piedra del tamaño de un huevo, y si se coloca esta piedra al borde, al instante queda cubierta de cristales de azufre que vienen a condensarse sobre su superficie, pero que se convierten en polvo si alguien los toca. En torno al respirador, el suelo es quemante y charcos de agua sulfurosa, que hierven a borbotones se presentan por todas partes, lo que no impide que a dos pasos de allí haya manchas de nieve que no se funde nunca.

En la estrecha franja o labio que resulta entre el profundo cráter y el abismo exterior, pernoctaron en una cabaña, de madera y petates, construida por los *volcaneros*, campesinos alpinistas especializados en la

El señor de R..., "un francés de distinción", en 1832 realizó un ascenso al Popocatepetl y descendió al interior del cráter.

En 1851 Julio Verne escribió *Drama en México*. Ese mismo año se publicó otra novela: *Antonio y Anita o los nuevos misterios de México*, de Edouard Rivière.

extracción de azufre, que operaron durante décadas en el Popocatepetl.

El barón de Perdrauville hizo un viaje a la cueva de Cacahuamilpa, en 1834:

Se encuentra a la izquierda un escarpe cortado con gradas semejantes a las de una cascada artificial, en donde el espato calcáreo toma el aspecto de una agua congelada de color amarillento y abrigado por una arenilla cristalina que en ella está como incrustada. Más lejos se levantan estalagmitas en forma de tronco de árboles de varias dimensiones cubiertos de concreciones que por su delicadeza se podrían equivocar con musgos petrificados.

El aristócrata diplomático francés Juan Bautista Luis Gros también ascendió al Popocatepetl en 1834. Este fenómeno sólo se experimenta en la *alta montaña*: "Era necesario gritar muy fuerte para hacerse oír a veinte pasos de distancia. En fin, el aire era tan ralo, a esta altura, que inútilmente traté de silbar, y el señor Egerton pasó los mayores trabajos del mundo para arrancar unas notas a la corneta que trajo consigo".

En 1851 Julio Verne escribió *Drama en México*. Ese mismo año se publicó otra novela: *Antonio y Anita o los nuevos misterios de México*, de Edouard Rivière:

Era la tarde de un domingo. El canal de la Viga, a cuya orilla se encuentran algunas casas de pintoresco aspecto, estaba lleno de canoas, que llevaban innumerables transeúntes y curiosos, sentados o recostados sobre las esteras que forman su abovedado toldo. En una de ellas, veíase una familia entera, cantando alegremente al son de una guitarra y de una flauta; en otra, algunas señoras bastante bien puestas jugaban a los naipes; en aquella, algunos niños, mondanando olorosas naranjas.

Alejandro Dumas padre y madame Callegari, alias *Marie Giovanni*, escribieron, en apariencia al alimón,

este *Diario* del viaje que ella realizó por diversas islas del Pacífico y México, llegando a Acapulco en 1854:

Es un verdadero puerto mexicano, triste y de poca importancia, sea a causa de la indolencia de los naturales, sea a causa de su insalubridad. La fiebre amarilla reina allí tres meses de cada año, y es mortal. Añádase a ello los temblores de tierra que de un día a otro trastornan la ciudad y se tendrá, comprendidos los *pronunciamientos*, una idea de los atractivos de Acapulco. Ocorre a veces que, poco después de un *pronunciamiento*, el gobierno cae sin que se haya disparado un tiro.



En la capital:

No hay en ninguna iglesia bancas ni sillas, ni nada que pueda servir para establecer una distinción de las personas que allí asisten. Ricos y pobres estarán así el día del Juicio Final: de pie delante de Dios. Las mujeres más elegantes van allí a arrodillarse junto a los léperos más desarrapados. Tal fue una de las cosas que más me llamaron la atención y más admiré en México. Sin embargo, con la condición de que me mantendré lo más lejos posible de ese prójimo tan poco seductor [...] Los mexicanos son los primeros y más grandes jugadores del mundo.

Ernesto de Vigneaux fue secretario del filibustero conde Gastón de Rousset Boulbon, quien quiso hacer de Sonora un reino independiente. En su primera expedición de 1852, incluso tomó Hermosillo por la fuerza de las armas. Su segunda expedición, dos años después, estuvo integrada por unos 400 mercenarios, principalmente franceses, entre los cuales destacaba Vigneaux; fue un fracaso, muriendo un centenar de ellos, y el conde fue fusilado. Los prisioneros se llevaron al centro del país. Observa Vigneaux sobre el ejército mexicano: "Los sargentos únicamente llevaban zapatos; los soldados sandalias o huaraches". Cerca



de San Blas, “la población es india y de bella raza; vi allí algunas jóvenes de tan admirable garbo, que la estatuaria procuraría en vano idealizar”. Queda claro que el fenómeno de las *soldaderas* no nació en la Revolución mexicana (desde la guerra de Independencia tenemos noticias suyas):

Camino acompañado de un grupo de mujeres unidas a nuestra escolta. Las mujeres de los soldados los siguen por todas partes. Son valientes, tienen gran abnegación, y prestan grandes servicios por donde pasan, especialmente preparando la cena para el pobre soldado [...] Las jalapeñas tienen fama en todo México, de bellas y graciosas sobre todo: fama que no me parece usurpada.

Jules Doazan, cónsul en Veracruz en 1858, escribió un informe. Sorprende saber que México adquiriría joyería y orfebrería extranjera, aunque aclara:

Estos artículos son de venta limitada, pues la fabricación local se adapta mejor a los gustos del país; la joyería alemana, que no tiene el terminado de la francesa, ni la misma fama, está más al alcance del comprador porque puede venderse a mejor precio; las personas ricas prefieren siempre el trabajo de París.

El sabio sacerdote Charles Étienne Brasseur de Bourbourg hizo tres viajes a México, en 1859, por el Istmo de Tehuantepec. Traductor del *Popol Vuh*, se sorprendió —con mucha razón— de la “idea etimológica absurda” que llevó a los primeros gobiernos mexicanos a homenajear a los héroes de la Independencia y a otros personajes asignando a algunas poblaciones istmeñas nombres como Minatitlán, Hidalgotitlán, Humboldtítlán (hoy Guevea) y Abasolutitlán. En una boda en Minatitlán, en pleno verano, los señores usaban levita europea y las damas vestidos blancos

con esa elegancia y gracia naturales en las mujeres de la América española... Las mujeres en Tehuantepec, exceptuando sin embargo a las criollas, son las menos reservadas que haya visto en América [...] Era la ligereza en las costumbres demasiado generalizada en esta ciudad, esencialmente voluptuosa.

Iniciemos la serie de 16 franceses de nuestra selección que estuvieron vinculados a la Intervención, con el embajador Alphonse Dano (ministros plenipotenciarios, les llamaban entonces) quien, con diferentes rangos, estuvo aquí de 1853 a 1867 y escribía en sus informes a la cancillería:

Ninguna clase de gobierno puede evitar la corrupción de la República Mexicana. Quien quiera que sea el gobernante, serán siempre más o menos los mismos hombres y la misma manera de hacer las cosas, es decir, descomposición y venalidad por doquier. Nadie acepta un cargo si no es con la meta de enriquecerse a costa del erario público. Toda idea de regenerar a México por los mexicanos es quimérica [...] El robo está metido en la sangre de la raza mexicana.

Otro embajador fue André Levasseur: relata las gestiones del dictador Santa Anna ante su colega, el ministro de Prusia, para traer un ejército de seis mil alemanes como tropa regular mexicana.

Jean Alexis de Gabriac, embajador de 1854 a 1860, informaba:

... la ineptitud de las razas que habitan en México [...] La lengua española, que tan fácilmente abusa de la pompa bajo los harapos, les proporciona [a los mexicanos] parrafadas llenas de superlativos para hablar de justicia, mientras fusilan; de moderación del pueblo, mientras saquean; de honor, mientras roban; de patriotismo, mientras se venden a Estados Unidos; de valor, mientras huyen; y de virtudes, mientras viven



El soldado Emilio Berg fue uno de los dos sobrevivientes de la sangrienta batalla de Camarón, el 30 de abril de 1863.

en la más vergonzosa disolución [...] En México el cielo y la tierra son magníficos; pero los hombres ni siquiera tienen la apariencia de la especie [...] Existe en México una influencia, latente pero certera, que juega un gran papel en la política interior del país: la influencia de la mujer. Yo no podía creerlo, pero me vi obligado a someterme ante la evidencia. Las relaciones familiares son de una intimidad y de una intensidad sólo semejantes a las de los españoles.

Alphonse Dubois de Saligny, ministro de 1860 a 1863, era una especie de misántropo:

... profundo sentimiento de repugnancia que me inspiran los hombres y las cosas de este triste país [...] El gobierno, dado el caso, podrá sin mayor dificultad disolver y destruir a la oposición; le bastará con dos mil o tres mil pesos distribuidos a propósito, tal es el grado de corrupción y la venalidad que existe tanto en el seno del Congreso, como en todo el resto del país.

El soldado Emilio Berg fue uno de los dos sobrevivientes de la sangrienta Batalla de Camarón, el 30 de abril de 1863:

La particular solicitud de que somos objeto los prisioneros y la esmerada atención que se nos prodiga a los heridos franceses, es la mejor contestación que se puede dar a las calumniosas aseveraciones de los intervencionistas, en las que presentaron ante el mundo al pueblo y al ejército republicano como una horda de salvajes; dan muestras claras de que en México la civilización es algo más que una simple palabra, y los mismos ciudadanos franceses residentes en Puebla se apresuraron para hacer pública su gratitud por la manera con que somos tratados nosotros sus compatriotas heridos y prisioneros.

El comandante de las tropas intervencionistas, mariscal François Achille Bazaine, contrajo matrimonio

en México con Josefa Peña y Azcárate, 37 años menor que él. Protestó ante el arzobispo porque un cura expulsó de misa a una francesa, por su atuendo:

Tengo la honra de suplicar a Vuestra Eminencia se sirva dar instrucciones a su diócesis para que no se reproduzcan tales escándalos y para que las mujeres francesas, lo mismo que las extranjeras que profesan la religión católica, puedan ser admitidas en las iglesias con la *tenue* y el traje que se usa en sus países. S. M. el Emperador Maximiliano ha reunido un número bastante considerable de documentos escandalosos y auténticos sobre la conducta privada eclesiástica y política de los miembros del clero mexicano.

El teniente coronel Luis M. Constantini escribía en 1863:

He dicho la inmoralidad del Ejército, pues esta importante institución, que en todos los países civilizados se compone de la parte más selecta de la población, en México, salvo raras excepciones, se halla compuesta de la escoria de la sociedad [...] La empleomanía, es decir, la monomanía de querer vivir a expensas del gobierno, es una enfermedad inherente a la educación y carácter mexicano [...] Todo nombramiento o despacho se consideraba como una patente para poder robar legalmente, lo cual se solía denominar comúnmente *buscas* o *tenidas*.

Alberto Hans fue subteniente de la artillería imperial mexicana:

El emperador Maximiliano, vestido con el traje de general de división, y llevando el sombrero nacional de fieltro blanco de alas anchas bordadas de oro y de plata [de charro], cuya forma es tan conocida, se paseaba en la plaza de Querétaro, por donde pasaban silbando y rebotando los proyectiles lanzados por las baterías re-



El conde Émile de Keratry, de la contraguerrilla francesa, opinaba en 1864: "México es un país maldito, la palabra patria no tiene eco allí".

publicanas [...] A lo que parece, el mal era entonces epidémico, porque la desertión se extendía hasta las filas de los belgas, de los austríacos y de la Legión Extranjera francesa. Nuestros enemigos habían llegado a organizar, con los desertores de esos cuerpos, destacamentos particulares, cuyos servicios no economizaban.

El conde Émile de Keratry, de la contraguerrilla francesa, opinaba en 1864: "México es un país maldito, la palabra patria no tiene eco allí". La contraguerrilla estaba compuesta de manera muy heterogénea, pues además de galos incluía combatientes turcos, martinicos y cubanos, entre otros muchos orígenes:

tal parecía que todas las naciones del mundo se habían dado cita allí; franceses, griegos, españoles, mexicanos, norteamericanos, sudamericanos, ingleses, piemonteses, napolitanos, holandeses y suizos se entremezclaban. Realmente no se podía decir que cada país hubiera enviado a esta singular exposición a los tipos más ilustres de su raza. Esta banda de aventureros ignoraba la disciplina.

El coronel Aquiles Charles Dupin, sanguinario comandante de la contraguerrilla, proclamaba en Tamiahua, Veracruz, en 1864: "En caso de desobediencia a la orden mencionada, la villa entera y las haciendas que la rodean, serán reducidas a cenizas [...] Si no se cumple con lo que he mandado, la villa de Ozuluama quedará borrada de la carta del Imperio".

El marqués de Montholon, embajador en 1863-1865, escribía: "Juárez, con su testarudez de indio, pasea su presidencia imaginaria a través del desierto entre marchas y contramarchas incesantes. No se sabe hoy exactamente dónde habrá plantado su tienda [...] No se sabe dónde se detendrán los ultrajes y los crímenes de este puñado de bandidos".

M. A. Berthet, del regimiento de zuavos, escribía en Guadalajara:

Fue preciso, con voluntad o sin ella, comer con los habitantes y bailar, después de la comida, boleros y fandangos; todas las danzas españolas y francesas fueron ejecutadas alegremente en medio de las carcajadas de nuestros viejos zuavos y de nuestros valientes cazadores de África que se desquitaban ampliamente, este día, de sus fatigas de días precedentes. Me vi obligado a hacer lo que hicieron mis compañeros de armas.

El sacerdote Emmanuel Domènech fue capellán del ejército invasor a partir de 1864 y después se desempeñó como jefe de prensa del *emperador* Maximiliano, como el pueblo le decía.

El amor al juego es excesivo en los mexicanos, todos los viajeros lo dicen y todo el mundo lo sabe [...] Otro defecto, igualmente vituperable, confesado por los mismos mexicanos, es su pereza [...] En México la legalidad es una quimera invocada por los tontos y sólo éstos a ella se acogen. La legalidad da la razón a la conciencia, pero aquí es elemento de fracaso. Se les dice vivos, ingeniosos o sagaces a los individuos de alta o baja categoría, que hacen grandes o pequeños negocios a excusas de la legalidad.

El periodista Emmanuel Masseras alude a ciertas debilidades de Maximiliano:

Este estado enfermo se complicaba con el hábito de beber siempre vino del Rhin, en simples tragos, es verdad, pero de una manera constante [...] Recibió un mensaje de Escobedo prometiéndole que, según la opinión que había expresado, su cuerpo sería embalsamado con cuidado [...] "El Globo" de México relató que, no pudiendo encontrar ojos artificiales en Querétaro, los médicos los tomaron de la estatua de

**El sacerdote
Emmanuel Domènech
fue capellán del
ejército invasor a partir
de 1864 y después
se desempeñó como
jefe de prensa del
emperador
Maximiliano.**

Los apaches no daban cuartel pero, con frecuencia, antes de matar a sus prisioneros, los conservaban con vida algunas horas y los "calentaban" o los mutilaban para sacarles información o para divertir a las mujeres.

Santa Úrsula, que pertenecía al hospital, y los adaptaron al cadáver imperial.

E. de Fleury fue un militar que vivió más de una década en Sonora, hasta 1864. Los seris "son los únicos indios que han conservado el uso bárbaro de las flechas envenenadas, cuyas puntas están hechas con espinas de grandes pescados, a las que dan su naturaleza mortífera con la ayuda del veneno de la víbora de cascabel, mezclado a otras sustancias venenosas".

Louis Lejeunne, minero, viajó por el norte de Sonora en 1885-1886. Los apaches no daban cuartel pero, con frecuencia, antes de matar a sus prisioneros, los conservaban con vida algunas horas y los "calentaban" o los mutilaban para sacarles información o para divertir a las mujeres. A un blanco: "Lo agarraron vivo, lo torturaron. Las órbitas están vacías, los globos de los ojos fueron colocados sobre el pecho, los intestinos fueron sacados, enrollados alrededor de un palo. Las manos crispadas agarran todavía largos mechones de cabellos, pelos de apache".

El arqueólogo Desiré Charnay vino varias veces en los ochenta del siglo XIX, y reconoce: "Algunas de estas indias son muy bonitas, pero desaseadas; sobre sus hombros bronceados se destacan cabecitas burlonas y sonrientes a pesar de su miseria, y el andrajo que las cubre no menoscaba sus salvajes atractivos". En el valle de México observa:

¡Ah! ¡Desgraciados, que no les gustan los árboles y los destruyen! Todavía continúa esta vandálica tarea, y esos picachos volcánicos de que está salpicado el valle y que le prestan una fisonomía tan extraordinaria y tan pintoresca, esas escarpadas cumbres que conocí cubiertas de árboles, de pinos sombríos o de verdes encinas, están hoy peladas ya.

El barceloneta Émile Chabrand inmigró a nuestro país para establecer un comercio de ropa, modas

y lencería; volvió en 1890 y consignó: "México dispone de un alumbrado público a base de gas y de corriente eléctrica, posee unas redes muy completas de tranvías urbanos y de cables telefónicos y ofrece todos los recursos que se encuentran en los grandes centros poblacionales europeos". Relata una cacería de patos, que se acostumbraba en el lago de Texcoco, con una larga batería de escopetas colocadas en paralelo:



Cuando todos se encuentran a distancia de tiro ["arreados" desde canoas], el indio que permanece al acecho opera el cordel que dispara el gatillo, se enciende la pólvora de los regueros que provoca el disparo de todos los cañones, ametrallando sin piedad a las infelices aves [...] Hay tantas de ellas en los lagos que bastan dos disparos para matar de mil a mil doscientas piezas [...] Los indios [de Tepoztlán] aprecian mucho el sabor de los alacranes, de los que son muy golosos. Los comen tostados y, según lo aseguran, son un manjar de gran finura. ¡Vaya un gusto singular!

El joven Ludovic Chambon estuvo aquí de 1890 a 1891; en Yucatán, descubría que

en las haciendas, el peonaje no constituye más que una esclavitud disfrazada [...] De hecho, estos infelices pueden ser considerados como esclavos en el sentido de que, desde el día en que su amo se vuelve su acreedor, están obligados a permanecer a su servicio hasta cubrir la deuda [...] El propietario se apresura a hacerse el acreedor de su indio.

Nada es tan melancólico como encontrarse ahí [en la hamaca] con una bella indígena o mestiza que ha perdido la llave de su casa, a quien albergamos por caridad [...] El huipil, el famoso huipil, el voluptuoso huipil, que deja salir los largos y bellos brazos y permite enviar miradas ardientes al vasto escote cuadrado [...] El cuerpo de la mujer maya, llenito, robusto y bien formado, se dibuja al menor movimiento, a la menor brisa [...] ¡Ah!

¡Estamos en un país donde el pudor es sincero, el verdadero pudor! Hasta las mismas cortesanas, en el ejercicio de sus útiles funciones públicas, rehúsan desprenderse de sus velos y de los accesorios del amor.

En un texto geográfico de 1895, E. Cortambert hace esta apología:

En medio de montañas escarpadas y cubiertas de nieves eternas, se abren valles deliciosos y llanuras fértiles y extensas, cubiertas de una riquísima vegetación: cimas volcánicas, elevadas a asombrosa altura y suspendidas sobre quebradas y precipicios, contrastan con las magníficas campiñas, adonde se precipitan en cascadas las aguas que bajan de las cumbres; a cada paso se encuentran ciudades y aldeas situadas de la manera más pintoresca, y en muchos puntos se descubren bellos monumentos, restos de la antigua civilización mejicana.

Antropólogo quizá, Marc Chadourne anotaba en 1932 un panorama de nuestro país:

Aparecen, como en danza, las máscaras de calavera, las horribles serpientes emplumadas, las divinidades macabras de los museos, los Cristos lacerados y tumefactos de los templos. La naturaleza parece tan fúnebre como los hombres: los volcanes cambian sus diálogos de azufre y de fuego; y, por las noches, con sacudidas satánicas, la tierra despierta en sobresaltos.

El poeta y dramaturgo Antonin Artaud vino en 1936: "Los indios tarahumara sacan fuerzas mágicas del desprecio que sienten por la civilización [...] A veces se acercan hasta las ciudades impelidos por no sé qué deseo de moverse, de ver, dicen, cómo son los hombres que se han equivocado. Para ellos vivir en las ciudades es equivocarse". Este fue un sacrificio ritual: "Los trozos del buey se habían recogido en cua-

tro vasijas y por encima de éstas las mujeres formaron una gran cruz. Todos bebieron la sangre caliente [...] Y los hombres, al incorporarse, lanzaban su grito de chacal estrangulado”.

Veamos a México en la prosa del poeta André Breton (1938):

Tierra roja, tierra virgen impregnada de la más generosa sangre, tierra donde la vida del hombre no tiene precio, siempre dispuesta, como el maguey hasta perderse de vista que la expresa, a consumirse en una flor de deseo y de peligro. Por lo menos queda en el mundo un país donde el viento de la liberación no ha caído [...] Este poder de conciliación de la vida y la muerte es sin lugar a dudas el principal atractivo de que dispone México.

El diplomático Lionel C. Vasse (entre 1939 y 1946) dejó atrás a sus acartonados colegas:

Tuve también la suerte de entrar en contacto directo con los elementos populares, de estudiar sus cotidianos problemas, de escuchar sus exquisitas canciones típicas, de saborear la gracia ingenua de sus artesanos, de empaparme de sus encantadoras tradiciones y leyendas, de admirarme de la riqueza inagotable de su arte vernáculo, de deleitarme con su recio genio y su sensibilidad emotiva.

El historiador François Chevalier observaba hacia 1947-1948 en Michoacán:

No hay pescadores en toda esa costa tan abundante de peces y tan vacía de gente. Los recién arribados, la gente de razón, vive tan apartada del mar como los mismos indígenas, es decir, le dan la espalda [...] El contraste entre los dos pueblos es notable: discreto y silencioso el de los naturales o inditos, inquieto y escandaloso el de los rancheros o gente de razón.



Aquí, los solteros gozan de un enorme éxito entre las jóvenes mexicanas, quienes consideran a los franceses como muy buenos maridos.

La escritora feminista Simone de Beauvoir vino en 1948 con un amante (dejó a Sartre, su esposo, en París). En Mérida:

Seguimos avenidas lujosas y descuidadas; la lluvia y la pobreza habían roído las villas construidas en un duro estilo castellano; las estatuas se pudrían detrás de las rejas enmohecidas de los jardines; las flores lujuriosas, rojas, violeta y azules agonizaban al pie de los árboles semidesnudos; alineados sobre la cresta de los muros, grandes pájaros negros acechaban. En todos lados se sentía la muerte.

Los motociclistas Michel Le Clerc y Jean-Claude Bois dejan esta imagen de 1952-1954:

En Chihuahua nos acostumbramos pronto a la atmósfera medio francesa, medio mexicana, que allí reina. La comunidad francesa nos recibió con infinita gentileza. Aquí, los solteros gozan de un enorme éxito entre las jóvenes mexicanas, quienes consideran a los franceses como muy buenos maridos. Todo el tiempo se escucha hablar de matrimonios fabulosos con la hija de algún rey del oro, la plata o el cobre.

También en los cincuenta vino el hispanista Jean Camp:

Este libro nació de un amor y de un pesar: amor por ese México singular donde viví algunos años, y por esta América indígena que hechiza al visitante con una fuerza irresistible. Pesar por ya no vivir dentro de su clima insidioso, del cual se conserva, en el fondo de uno mismo, la nostalgia [...] Llegada la hora de la revelación, México adquiere entonces su verdadera forma, y son bien raros en el mundo los pueblos y las tierras con tantas razones para satisfacer los sentidos, el espíritu y el corazón.

La arqueóloga y antropóloga Laurette Séjourné

escribió a mediados del siglo xx lo que pareciera del xvi; estaba en la fiesta anual de Juquila, en Oaxaca:

Una mujer vende dos extrañas iguanas negras que observan a la muchedumbre con ojo penetrante; los curiosos se agrupan en círculos alrededor de una marta cuyas travesuras hacen pensar en las de un osito, y las pieles de tigre se exhiben por todas partes. Los objetos de cuero suntuosamente bordados; las alhajas de oro con dibujos románticos; las calabazas grabadas donde se destacan, entre pesados follajes, pájaros y serpientes; las blusas bordadas con cuentas brillantes de vidrio, provocan el entusiasmo y la codicia de todos.

Bernard Villaret añoraba sus viajes de placer de 1959 y 1967:

Continuamente vemos estallar ante nuestros ojos en cada uno de los días pasados en México, nuevos y singulares esplendores [...] Sigue siendo el país más extraordinario del mundo y el más emocionante para quien quiera dejar de lado lo muy trillado. Y esto por la belleza y variedad de sus paisajes, por el sentido profundamente humano de sus habitantes acogedores y hospitalarios, y por sus incomparables riquezas artísticas, tanto antiguas como modernas.

En 1987, Jean-Christophe Demard publicó su libro *Chronique d'un village français en Mexique*, y dice:

La mayoría de los habitantes de San Rafael [en Veracruz] se sentían íntimamente franceses, vivían lejos de las preocupaciones nacionales [mexicanas], aunque disminuían sus relaciones con la madre patria. Por otra parte, adaptarse a la vida mexicana requería un esfuerzo sostenido. Había entonces que elegir: seguir soñando con su país de origen o integrarse a éste que los acogió y volverse mexicanos; la segunda solución era la más realista [...] Hasta 1912, los colonos todavía

Sigue siendo el país más extraordinario del mundo y el más emocionante para quien quiera dejar de lado lo muy trillado.



registraban el nacimiento de sus hijos como franceses ante el agente consular.

Pierre Sergent, ex oficial de la Legión Extranjera, escribía sobre México en 1980:

Los cristos colocados en vitrinas para encarnar el sufrimiento, eran monstruos espantosos, con cara de pocos amigos, descarnados y vestidos de harapos inefables, manos y pies cubiertos de sangre. El clero más corrupto del mundo encontraba más fácil dejar a los indios su culto de ídolos sanguinolentos, que inculcarles pacientemente los principios católicos [...] El gran Cortés, que había roto con su propia mano a golpes de barra de hierro los ídolos del gran teocali, ¡debía revolcarse en su tumba!

Alain Gerber publicó en 1981 una novela de tema prehispánico; he aquí un fragmento:

¡Oh, el viento y el ardor, como lo denominan nuestros poetas! ¡El soplo de la ternura! ¡La impetuosidad de la verga! ¡Quién pretende que no existen más que pena y dolor en la tierra, que comenzamos a morir el mismo día en que nos es dada la vida? ¡Vamos, filósofos asentados, esto es hacerle muy poco caso a lo que os cuelga entre las piernas! ¡Y si vuestro corazón es como una piedra seca, no hagáis de ello una privación común! No pensáis más que en conservar, en hacer provisiones y economías. ¡Yo quiero que, por ella, el *Pájaro de agua*, la pita sea frecuente y generosamente raspada! Parecido a Tezcatlipoca, mi dios batallador, avanza precedido de un hermoso pene.

Christian Rudel hace dramática reflexión acerca de nuestra discriminación racial, en los años ochenta:

En cualquier parte del mundo, el hecho de hablar dos idiomas es considerado como un signo de cultura, cuando la segunda lengua es un "idioma de prestigio"

[...] Pero hay idiomas que deprecian culturalmente a los que los hablan. En México, por ejemplo, una persona se considera cultivada si habla español y francés, pero si un individuo habla español y zapoteco, es inmediatamente relegado a una posición cultural inferior al monolingüismo.

También en los ochenta, Michel Peissel escribió:

Tabasco no conoce más que la temporada de lluvias, pues los aguaceros caen allí todo el año. De hecho, el clima sofocante y húmedo de Tabasco es propiamente espantoso. Es un verdadero rincón de infierno en la Tierra. Es un lugar sobre el cual se puede escribir. Pero no visitar [...] Las ruinas aún tienen algo de fantástico, de inquietante y de trágico, tal vez debido a la selva que las devora. Un sentimiento de muerte brutal flota sobre Palenque. No es la muerte romántica del tiempo que pasa, sino una muerte violenta y misteriosa. Una impresión lúgubre que no logran dispersar las sonrisas y los rasgos delicados de las esculturas.

En los mismos años, Christine Bravo escribió en una novela:

Los zambos son descendientes de negros e indios. Zambo, al principio, quería decir chango. Tercos como mulas. Pero por lo menos, sólo tienen sangre de vencido en las venas [...] Los mestizos son otra cosa. Ellos heredaron a la vez sangre de vencedor y de vencido. Poseen la arrogancia del conquistador y el complejo de inferioridad del indio, si ves lo que quiero decir. Es una ruda mezcla, pero aceptable. Esto no impide que el indio sea mil veces más torcido que todos esos tipos reunidos.

Otro novelista contemporáneo es Alain Dugrand, y esta escena irreverente es de Tlayacapan, Morelos:

Los zambos son descendientes de negros e indios. Zambo, al principio, quería decir chango. Tercos como mulas. Pero por lo menos, sólo tienen sangre de vencido en las venas.

Queda el indio de las sierras y altiplanos lejanos, al margen del drama que se juega en el alma de los mestizos.

Sobre el altar de la iglesia mayor se yergue un extraño Cristo. Un Jesús de cera de tamaño natural, clavado en su crucifijo y cubierto de horribles heridas, los huesos al desnudo bajo las llagas embadurnadas de mermelada de grosella, la frente y las mejillas agujereadas de úlceras, cortadas rezumantes y negruzcas, más espantoso que la carne despanzurrada por el toro sobre la arena del ruedo. Piedad española. Pero, ¡oh, escándalo!: bajo el taparrabo, este Cristo está tirante como un ciervo. Piedad indígena...

Yo sabía que el país sufría esa guerra irreconciliable que se libraba dentro de cada hombre, batalla entre civismo y barbarie, frustración del mestizaje. Aquí, la belleza del blanco es un valor venerado. Hasta los ministros de gobierno tienen facciones claras, europeas. Queda el indio de las sierras y altiplanos lejanos, al margen del drama que se juega en el alma de los mestizos.

William Luret, también contemporáneo, escribió una biografía novelada de un minero francés que vivió en Tlalpujahua, Michoacán; al parecer, tuvo un encuentro con Francisco I. Madero, hacia 1909 éste:

tranquilizó a Fournier explicándole que la reforma agraria prometida para regresar la tierra a los campesinos se haría de forma legal, despacio, y sin expoliar a los propietarios. Según él, no era cuestión de ceder a las órdenes de Zapata, que exigía una restitución inmediata. Por su parte, Fournier trató de demostrar que la Colonizadora no era una hacienda como las demás, ni él uno de esos gachupines que dejaban el cuidado de sus tierras a un mayordomo, cuidador de peones reducidos a esclavitud.

Anne Vallaeys escribió una novela hace pocos años que rememora el porfiriato; pareciera confundir la pobreza de los soldados mexicanos de aquella época con defectos que no van de manera necesaria aparejados a la miseria: "Pillos iletrados, arrastrados por la promesa de sueldos miserables o arrancados de sus pueblos e incorporados por la fuerza al ejército

mexicano, pobres diablos sin ideal ni ley, bandidos de pacotilla, soñadores despiertos lanzados Dios sabe por qué al margen de la sociedad". Un yaqui recuerda la matanza que sufrió su pueblo en 1903:

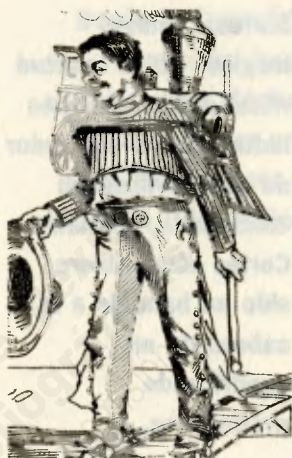
Cuatrocientos cadáveres y otros tantos prisioneros [...] Viejos famélicos cuyos miembros eran puro hueso, mujeres pasmadas abrazando niños muertos, otros todavía chupando el seno blando de su madre agonizante, seres que ya no verían nada, tantas miradas vacías. Y toda la sangre [...] tibias y fémures blancos y rojos, vísceras abiertas, cráneos triturados.

Concluimos esta reseña con otros autores contemporáneos. Ariane Janvier, periodista, observa en la capital del país:

Las jóvenes vendedoras de frutas llegan del campo y de las montañas de los alrededores, muchas veces embarazadas, bebé en brazos, arrastrando en su estela algunos pequeños niños, y siempre con esta apariencia de quietud, este exterior muy suave, esta indigencia sin rigor. No sabré nada de la joven india de la esquina, sino que vende algunas frutas, que se tarda horas para venderlas, que su rostro no traiciona ni inquietud ni cansancio.

Gil Pastor, novelista, nos enfrenta a una escena de niños esclavizados en una isla mexicana, haciendo adobes:

A pesar del constante batido, miasmas nocivas acabaron por desarrollarse y pronto hubo en el fango unos bichos repugnantes que se pegaban a la piel para chupar la sangre. Los niños estaban espantados. A pesar de que se los quitaban, los animales reaparecían sin cesar y cada noche regresaban con los ojos agobiados y la piel desgarrada por unas ventosas tenaces que les excavaban las carnes.



Sin este mundo mágico, sin la lentitud ritual de las naciones indias, sin el esplendor de esta civilización condenada, Hernán Cortés sólo hubiera sido un bandido a la cabeza de una cuadrilla de aventureros.

Alain Surget, también novelista, nos remite a Chiapas doce siglos atrás (aunque no pareciera):

Los marchantes, venidos de regiones muy remotas, habían prendido unos montoncitos de copal enfrente de sus puestos para atraerse la benevolencia de los dioses, pero también para indicar su ubicación. Había pirámides de frutas y especias traídas por los tzotziles y los tzendales [...] Aquí, un lacandón regalaba a las miradas de los curiosos unos monstruosos pero deliciosos hongos de la selva. Allá, unos choles llegados del norte exponían canastas llenas de semillas [...] y vainas de vainilla. Atrás de ellos, los chontales habían colgado de unas pértigas hojas de tabaco y las vendían por puños, mientras que los zoques, sentados atrás de una muralla de granos de cacao, llamaban al cliente alabando la calidad de su mercancía. Luego venían los tojolabales que ofrecían sus canastas de fibra de ixtle y unas joyas muy particulares que todas las mujeres del Teochapan soñaban poseer: eran unos dijes constituidos de pequeños escarabajos vivos que dejaban correr sobre su pecho desnudo.

El escritor Jean-Marie Gustave Le Clézio ofrece un interesante enfoque:

Sin este mundo mágico, sin la lentitud ritual de las naciones indias, sin el esplendor de esta civilización condenada, Hernán Cortés sólo hubiera sido un bandido a la cabeza de una cuadrilla de aventureros. No es de él, ni de sus acciones temerarias, donde nace la grandeza: es del mundo mexicano, el cual se esfuerza en destruir... [Esta fuerza] viviente de los mitos es sin duda lo que más impacta al viajero de Occidente en los primeros instantes del encuentro con el México indígena, cuando esta arquitectura estaba todavía entera, en toda su magnificencia y su verdad interior.

Éste es otro novelista, Gérard Delteil:

Villa, de buena gana, se quita su gorra y se encaja en el sillón presidencial. Zapata toma lugar a su izquierda, su gigantesco sombrero en su regazo, y Tomás Urbina a su derecha. Los oficiales, algunos de los cuales llevan todavía vendajes ensangrentados, y algunos consejeros civiles se agrupan alrededor de ellos. El fotógrafo instala su aparato sobre su trípode.

En 1994: "Si miles y miles de peones abandonan sus pueblos para irse hacia el norte, no es para unirse con un ejército revolucionario, sino para cruzar clandestinamente la frontera y tratar de vender sus brazos a los gringos".

Con buenos ojos nos ve el dominico Maurice Cocagnac:

Frente a la adversidad, el mexicano sabe pelear, combatir cada día para la sobrevivencia. Conserva el espíritu de fiesta y es ahí, sin duda, de donde saca la energía que le permite retomar sin fin el trabajo doloroso [...] Tiene mucho respeto tanto a lo sagrado como a lo profano [...] Sin duda cierta humildad fue aprendida en la escuela de la dominación española [...] Desde la Conquista muchas cosas cambiaron en México, sin embargo hay una que permanece: el desprecio a los indios. Esta actitud es más o menos generalizada y tiene, a pesar de sus matices, una raíz común, un vínculo que entrelaza el miedo, el desprecio cultural y el sentido del beneficio [...] El desprecio cultural es evidente. El ladino se siente superior en todo. La religión que profesa le parece ser la única verdadera, además, garantizada por la razón teológica. A falta de poder ser considerado como un español puro, el ladino espera estar clasificado entre la "gente de razón", la categoría de los humanos plenamente racionales. Para él, el indígena es un salvaje.

**Desde la Conquista
muchas cosas
cambiaron en México,
sin embargo hay una
que permanece: el
desprecio a los indios.**



— Gud moni, Uncle sam....
— Oh!.... usié caballera estar m

El novelista Michel Le Bris se remonta a mediados del siglo XIX:

Guaymas desaparecía en una nube de polvo, al pie de las montañas oscuras. Sólo las escasas manchas blancas de las casas encaladas recordaban que, a pesar de todo, en esa tétrica desolación vivían personas [...] Las montañas, severas, se erizaban frente a ellos como las murallas de alguna fortaleza y sobre sus flancos se distinguían desfiladeros oscuros, precipicios sin fondo, ásperas malezas. Las casas de adobe apretadas sobre la orilla parecían abandonadas, o barricadas atrás de sus pesados postigos; aun el fuerte que dominaba la ciudad amenazaba caer en ruinas, y ningún paseante venía a alegrar esta triste somnolencia.

En San Cristóbal de Las Casas, Nicolás Arraitz reflexiona:

Los indios aquí son omnipresentes, trabajadores o campesinos de paso; son ellos los que atraen al turista, mucho más que la arquitectura colonial. Pero definitivamente no están en su casa. Sus trajes de gala, que revisten sus pequeños cuerpos marcados por la eterna explotación, son a la vez su orgullo y su maldición. El mercado [...] se transforma en zoológico, bajo una oleada de turistas imbeciles.

* * *

Quede, pues, Julio Verne instalado en medio de esta casa de los espejos a través de los siglos. Los reflejos cóncavos y convexos, con todo y sus distorsiones, finalmente en conjunto permiten entrever la verdadera imagen de México.

Bibliografía

- ANÓNIMO, *Paseo por el Golfo de México (1831)*, en *México en los nuevos anales de viajes*. Selec. y trad. del francés de Rafael Solana. México: Bibliófilos Mexicanos, 1966.
- ARRAITZ, Nicolás, *Tendre venin...* Paris: Ed. du Phéromone, 1995.
- ARTAUD, Antonin, *México y Viaje al país de los tarahumaras* (recopilaciones). Trad. del francés, diversos, pról. de Luis Mario Schneider. México: FCE, 1984. (Col. Popular, 242).
- BAZAINE, François Achille, *Cartas*, en *La intervención francesa en México según el archivo del mariscal Bazaine; documentos inéditos o muy raros para la historia de México*. Publ. por Genaro García, 1a. ed. 1907. México: Editorial Porrúa, 1973. (Biblioteca Porrúa, 54-55).
- BEAUVOIR, Simone de, *Los mandarines*. 1a. ed. 1954; trad. de Silvina Bullrich. México: Hermes, 1988.
- BERG, Emilio, *La intervención francesa en México vista por un soldado francés que llegó con el cuerpo expedicionario*, en Labadie, Teodoro, *Las batallas de Puebla (1862) y Camarón. (1863)*. México: Ed. Orión, 1962.
- BERTHET, M. A., *Quatre ans au Mexique*. Paris: Casterman, 1885.
- BRASSEUR DE BOURBOURG, Charles Étienne, *Viaje por el Istmo de Tehuantepec, 1859-1860*. (*Voyage sur l'Isthme de Tehuantepec, dans l'état de Chiapas et de la République de Guatemala*). Trad. Luis Roberto Vera. México: FCE / CREA, 1984. (Lecturas Mexicanas, 18).
- BRAVO, Christine, *Avenida B*. Francia: Flammarion, 1990.
- BRETON, André, *Antología (1913-1966)*. Selec. y pról. Marguerite Bonnet, trad. de Tomás Segovia, México: Siglo XXI, 1987.
- CAMP, Jean, *J'ai vu vivre le Mexique*. Paris: Librairie

- Arthème Fayard, 1961.
- CHABRAND, Émile, *De Barceloneta a la República Mexicana*. 1a. ed. 1892; 18 ilustraciones de G. Protit, "según fotografías del autor". 1a. ed. en español; trad., estudio preliminar y notas de Luis Everaert Dubernard; presentación de Miguel Mancera. México: Banco de México, 1987.
- CHADOURNE, Marc, *Anáhuac o el indio sin plumas*. Trad. de Alfonso Teja Zabre. México: Ediciones Botas, 1935.
- CHAMBON, Ludovic, *Un gascón en México*. México: CONACULTA, 1994. (Col. Mirada Viajera).
- CHAMPLAIN, Samuel, *Narrative of a voyage to the West Indies and Mexico*. Londres: Norton, 1859.
- CHARNAY, Desiré, *Mis descubrimientos en México y en la América Central*. Original en francés: París, ¿1883?, en *América pintoresca. Descripción de viajes al Nuevo Continente*. Barcelona: Montaner, 1884. [Ed. facs., México, 1981.]
- CHARPENNE, Pierre, *Mi viaje a México o el colono del Coatzacoalcos*. México: CONACULTA, 2000. (Col. Mirada Viajera).
- CHEVALIER, François, *Un double voyage dans le bas Michoacán en 1947-1948*, en Dominique Michelet, *Enquêtes sur l'Amérique Moyenne*. México: INAH, 1989.
- COCAGNAC, Maurice, *Le Christ est né à Chalma*. París: Éd. Albin Michel, 1994.
- CONSTANTINI, Luis M., *Una mirada retrospectiva sobre México. 17 de octubre de 1863*, en *La intervención francesa en México, según el archivo del mariscal Bazaine; Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*. Publ. por Genaro García; 1a. ed. 1907. México: Editorial Porrúa, 1973. (Biblioteca Porrúa, 54-55).
- CORTAMBERT, E., *Curso de Geografía*. Francia: Imp. de Paul Brodard, 1895.
- DANO, Alphonse; *Informes diplomáticos de 1853 a 1867*, en *Versión francesa de México. Informes diplomáticos (1853-1867)*, trad. y pról. de Lilia Díaz

- López, prefacio de Luis González. México: El Colegio de México, vols. I y IV, 1963 y 1967.
- D'AUTEROCHE, Jean Chappe, *Voyage en Californie*, en Flores Salinas, Berta, *México visto por algunos de sus viajeros*. México: Botas, 1967.
- DELTEIL, Gérard, *¡Viva Villa!* Francia: Éd. Dagorno, 1994. (Col. Mort ou Vif).
- DEMARD, Jean Christophe, *Jicaltepec: chronic d' un village français en Mexique*. Paris: Porte-Glaive, 1987.
- DE R... (francés); [*Ascenso al Popocatépetl, 1832?*] en Dumas, Alexandre y Marie Giovanni [Callegari, señora] *Diario de Marie Giovanni. Viaje de una parisiense*, 1a. ed. 1856; trad. de Juan José Utrilla; 1a. ed. en español: introd. de Jacqueline Covo; presentación de Gustavo Romero Kolbeck. México: Banco de México, 1981.
- DOAZAN, Jules, *La vida económica de México en la época de Juárez. Comercio, comunicaciones y transportes*. [Ms. de 1859] presentación de Raymundo Ramos, trad. del francés y pról. de Francisco López Cámara. México: Secretaría de Comunicaciones y Transportes, 1972.
- DOMÈNECH, Emmanuel, *México tal cual es (1866). Recuerdos de la época de la Intervención*, trad. del francés, proemio y apéndice de Salvador Contreras. Querétaro: Demetrio Contreras, impresor, 1922.
- DUBOUCHET, señor, *Naufragio del tres-mástiles "América" en la desembocadura del Coatzacoalcos [1830?]*, en *México en los nuevos anales de viajes*, selec. y trad. del francés de Rafael Solana. México: Bibliófilos Mexicanos, 1966.
- DUGRAND, Alain, *Une certaine simpatie*. Francia: Éd. J. C. Lattés, 1987.
- DUMAS, Alexandre y Marie Giovanni [Callegari, señora] *Diario de Marie Giovanni. Viaje de una parisiense*; 1a. ed. 1855-1856; trad. de Juan José Utrilla; 1a. ed. en español: introd. de Jacqueline Covo; presentación de Gustavo Romero Kolbeck. México: Banco de México, 1981.

- DUPIN, Aquiles Charles, *Proclama*. En Keratry, Émile de, *vid.*
- FLEURY, E. de, *Noticias geológicas, geográficas y estadísticas sobre Sonora y Baja California*. Original en francés 22 de octubre de 1864, en *La intervención francesa en México según el archivo del mariscal Bazaine; documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, publ. por Genero García; 1a. ed. 1907. México: Editorial Porrúa, 1973. (Biblioteca Porrúa, 54-55).
- FOSSEY, Mathieu de, *Viaje a México*. México: CONACULTA, 1994. (Col. Mirada Viajera).
- GABRIAC, Jean Alexis de, *Informes diplomáticos de 1854 a 1860*, en *Versión francesa de México. Informes diplomáticos (1853-1862)*, trad. y pról. de Lilia Díaz López, prefacio de Luis González. México: El Colegio de México, vols. I y II, 1963-1964.
- GERBER, Alain, *El jade y la obsidiana*, trad. del francés de Domingo Santos, presentación de Jacques Soustelle. España: Ultramar Editores, 1982.
- GROS, Juan Bautista Luis, *Ascensión a la cima del Popocatepetl*, en *México en los nuevos anales de viajes*, selec. y trad. del francés de Rafael Solana. México: Bibliófilos Mexicanos, 1966.
- HANS, Alberto, *Querétaro. Memorias de un oficial del Emperador Maximiliano*. Trad. del francés: Lorenzo Elizaga, 1869. México: Editorial Jus, 1962. (México Heroico, 6).
- JANVIER, Ariane; varios artículos en la revista *Autrement*, serie Monde, núm. 18, mayo de 1986. París, Francia.
- KERATRY, Émile de, *La contraguerrilla francesa en México, 1864*; 1a. ed. 1865; 1a. ed. en español: trad. y presentación de Daniel Molina A. México: FCE / SEP, 1981. (Col. SEP/80, 12).
- LAMBERT, Claude François [probable autor] *Historia de la princesa Jaiven reina de México*; trad. del francés e introd.: Alicia Bazarte Martínez. México: Editorial Verdehalago, 2001. (Col. Las Cascadas

- Prodigiosas, 54). [Ed. original en francés: anónimo, Holanda, 1751.]
- LE BRIS, Michel, *Les filibustiers de la Sonore (Los filibusteros de Sonora)*. Paris: Flammarion, 1998.
- LE CLERC, Michel y Jean-Claude Bois, *La grande échappée; trois Amériques en scooter*. Paris: La Toison d'Or, 1955.
- LE CLÉZIO, J. M. G. *Le rêve mexicain...* Francia: Éd. Gallimard, 1993.
- LEJEUNNE, Louis, *La guerra apache en Sonora*, trad. del francés: Michel Antochiw. 1a. ed. en español. Hermosillo: Gobierno del Estado de Sonora, 1984.
- LEVASSEUR, André, *Informes diplomáticos de 1853*, en *Versión francesa de México. Informes diplomáticos (1853-1858)*, trad. y pról. de Lilia Díaz López, prefacio de Luis González. México: El Colegio de México, t. 1, 1963.
- LURET, William, *L'homme de Porquerolles*. Paris: Lattes, 1996.
- MASSERAS, Emmanuel, *Ensayo de un imperio en México* [1a. ed.: París, 1879], presentación y trad. del francés de Fernando Orozco Linares. México: Ed. del Bachiller Sansón Carrasco, 1985.
- MENONVILLE, Nicolas Joseph Thierry de, *Voyage a Oaxaca*, en Flores Salinas, Berta, *México visto por algunos de sus viajeros*. México: Botas, 1967.
- MERCIER, *Año dos mil cuatrocientos cuarenta* [1a. ed. en francés: Inglaterra, 1773], trad. de Joaquina Rodríguez Plaza, presentación de Roberto Moreno, pról. de Humberto Martínez; otro pról. de Ma. Dolores Bravo Arriaga. México: INBA / UAM [1a. ed. en español, 1987.]
- MONTHOLON, marqués de, *Informes diplomáticos de 1864 y 1865*, en *Versión francesa de México. Informes diplomáticos (1862-1867)*, trad. y pról. de Lilia Díaz López, prefacio de Luis González. México: El Colegio de México, vols. III y IV, 1965 y 1967.
- PASTOR, Gil, *L'homme de Clipperton*. Paris: Luneau Ascot Éd., 1987.
- PAGES, Pierre Marie F. de, *Voyages autour du monde*, en

- Flores Salinas, Berta, *México visto por algunos de sus viajeros*. México: Botas, 1967.
- PEISSEL, Michel, *Itzá ou le mystère du naufrage maya*. Francia: R. Laffont, 1989.
- PERDRAUVILLE, barón de, "Viaje a la cueva de Cacahuamilpa", en Fossey, Mathieu de, *Viaje a México*. México: CONACULTA, 1994. (Col. Mirada Viajera).
- RIVIÈRE, Edouard, *Antonino y Anita...*, México: *Artes de México*, año xx, núm. 168.
- RUDEL, Christian, *Río Bravo*. Francia: Éd. Encre, 1987.
- SALIGNY, Jean Pierre Elizidore Alphonse Dubois de, *Informes diplomáticos de 1860 a 1863*, en *Versión francesa de México. Informes diplomáticos (1853 a 1862)*, trad. y pról. de Lilia Díaz López, prefacio de Luis González. México: El Colegio de México, vols. II y III, 1964 y 1965.
- SÉJOURNÉ, Laurette, *Supervivencias de un mundo mágico. Imágenes de cuatro pueblos mexicanos*, trad. del francés de A. O. R., dibujos de Leonora Carrington. México: FCE / SEP, 1985. (Lecturas Mexicanas, 86).
- SERGENT, Pierre, *Camerone*. Francia: Fayard, 1980.
- SURGET, Alain, *Chamula*. Francia: Éd. Sylvie Messenger, 1987.
- VASSE, Lionel C., *Andanzas mexicanas*, ilustraciones del autor, pról. de Alfonso Reyes. México: Edición especial para el Círculo Literario, 1948.
- VALLAEYS, Anne, *Agua Verde*. Francia: Éd. Payot, 1989.
- VIGNEAUX, Ernesto de, *Viaje a México*, introd. Leopoldo I. Orendáin. Guadalajara: Banco Industrial de Jalisco, 1950. (Col. Libros del Siglo XIX).
- VILLARET, Bernard, *Conozca México. Tierra mágica de contrastes (Le Mexique aux 100 000 pyramides)*, trad. del francés de Agustín Gil Lasierra, pról. de Pedro Ramírez Vázquez. México: Daimon, 1978.
- VILLÉVEQUE, Lainé de, *Colonia del Coatzacoalcos en el estado de Veracruz*, en *México* (folleto de promoción), Francia, 1829, en Charpenne, Pierre, *Mi viaje a México o el colono del Coatzacoalcos*. México: CONACULTA, 2000. (Col. Mirada Viajera).